

no ha sido una quimera como deciais vosotros; ya veis como yo tenía razón cuando os pedía paciencia y perdón por algunas ligerezas de aquel hijo querido, que ratifica por fin mi ternura honrando vuestro linaje.

Su hijo se ocupaba entonces en hacer el obligado discurso de recepción, que debía por la primera vez presentarle en aquella tribuna literaria, desde la cual ardía él en deseos de elevarse á su tiempo, á la tribuna política, blanco constante de todas sus aspiraciones.

El esperaba defender á la vez, siguiendo las huellas de M. de Serres y de M. Lainé, sus maestros y sus modelos, los Borbones, el ídolo de su padre, y la constitución liberal, satisfacción entonces de su espíritu. Quería él defender las instituciones y sus principios contra las reacciones de la monarquía, y contra los impacientes de la república, cuyas aspiraciones habían de empezar á cumplirse después de la revolución de julio de 1830 y la de febrero de 1848, cuya hora no había sonado aún con el toque de rebato de las dos revoluciones de julio de 1830 y de febrero de 1848.



EPÍLOGO

Nos encontramos á fines de otoño del año 1829.

Así en las esferas gubernamentales, como en los partidos políticos que ansian el poder, existe una pasión que con frecuencia degenera en odio de uno á otro bando. Efecto del delirio y la fiebre que domina los espíritus, la Francia se encuentra en continua zozobra.

El primer ministro, que lo era á la sazón el príncipe de Polignac, habíase propuesto hacer que yo fuese á París á ocupar la dirección de los Negocios extranjeros; continuamente recibía yo cartas amistosas en las que insistía en sus deseos; al fin, succumbí, pero no para aceptar el cargo que se me ofrecía, sino para explicar franca y terminantemente los motivos que tenía para renunciar el empleo con tanta obstinación ofrecido.

Amaba yo al príncipe, es cierto, pero su política me hacía temblar; hubiera yo querido, cuando hablaba con él, separar á un lado el hombre, al otro el ministro divorciado de la opinión pública.

Bien claramente había yo manifestado, en mi discurso al ingresar en la Academia Francesa, mi re-

suelta oposición al golpe de Estado contra la *Carta* y los proyectos que el Gobierno había manifestado tener contra la libertad del pensamiento y contra la independencia que el pueblo debe poseer para elegir sus representantes.

No se esperaba de mí ciertamente aquel discurso político.

Los periódicos republicanos, orleanistas y bonapartistas que me acusaban de reaccionario, acogieron mis declaraciones con entusiasmo, y M. Lainé y M. Royer Collard reconocieron en ellas á su discípulo.

Al abandonar la sala del Instituto, ocupada aún por la inmensa muchedumbre que había concurrido á la recepción, mi antiguo amigo el duque de Rohán me salió al encuentro diciéndome al oído: «Abandonad toda esperanza con respecto al ascenso en vuestra carrera; habéis defraudado nuestras esperanzas y dado fuerza á nuestros enemigos políticos.» ¿Qué me importaban á mí los ascensos en mi carrera cuando veía vacilar á Carlos X en el trono á quien deseaba separar del abismo que amenazaba tragárselo?

Había el príncipe de Polignac puesto en mí sus esperanzas y me distinguía con una familiaridad política que acaso no mereciera. En las confidencias con este grande hombre, entreveía un alma real, un espíritu dispuesto ya para la emigración y un corazón alarmado por la conciencia.

Debo hacer constar en honor de Carlos X y del príncipe de Polignac, que las predicciones del duque de Rohán, no se realizaron. Estos personajes no me guardaron resentimiento alguno por mi discurs-

so, y después de haber discutido conmigo larga é inútilmente sobre los motivos poco fundados según ellos de mi negativa y de la impremeditación de un golpe de Estado, me ofrecieron el empleo de ministro plenipotenciario en Grecia.

Ocurría esto, cuando la Europa fundaba sobre un pasajero entusiasmo aquella pujanza artificial, germen ó ruina de no sé qué grandeza. Participaba yo entonces de la ilusión que todos los liberales tenían sobre los helenos tan valientes en el combate, como disciplinados en el gobierno.

Las potencias occidentales habían designado para rey de Grecia, al príncipe de Cabourg, viudo de la princesa Carlota, heredera del trono de Inglaterra. Este príncipe se encontraba en París: yo le conocí en Italia durante el tiempo de su viudez, y adquirí con él una amistad tan íntima como sincera. El príncipe de Polignac me presentó á él y le indicó que yo era el francés más simpático á Grecia que como ministro podía ofrecerle.

Alegrábame yo de asistir con semejante título y en tan elevadas funciones, á la resurrección de aquel imperio, en el país de los grandes recuerdos y de participar como lord Byron, el heroico poeta, de resurrección tan gloriosa.

La justa previsión de que pudieran ocurrir en aquel renacimiento disturbios y decepciones de gran importancia, hizo que el rey designado se negara á aceptar las responsabilidades que pudieran sobrevenir, y que saliera de París una noche huyendo de su reino y de la felicidad que en él se le prometía.

Al día siguiente, cuando supimos lo ocurrido,

apreciamos unánimemente aquella huída del siguiente modo: El príncipe de Cabourg no tiene cabeza suficiente para sostener esta corona; ocúpese la diplomacia en buscar otra frente y sea cauta en la elección para no verse burlada de nuevo. Así se hizo en efecto, y mientras esto ocurría, yo continué de ministro plenipotenciario en situación expectante, recibiendo del príncipe de Polignac cuantas distinciones eran compatibles con mi obstinado empeño de no tomar parte alguna en los trabajos del Gobierno.

*
* *

Entusiasmada mi madre por los rápidos ascensos obtenidos en mi carrera diplomática, por mi futuro destino en la hermosa capital de Atenas, y por mi elección para la Academia Francesa, no podía menos de sonreír ante la realización de sus aspiraciones de siempre, del sueño dorado de toda su vida.

Disponíame yo para ir á pasar á su lado el corto tiempo que creía permanecer en Francia, y me hallaba en París con el objeto de ir preparando los regalos que tenía por costumbre llevar á mi madre y á mis hermanas siempre que las visitaba después de un largo tiempo de ausencia.

¡Pobre madre! ¡qué poco te daba en cambio de tantas privaciones como por mi causa habías sufrido; de las joyas que habías vendido ó empeñado para satisfacer mis caprichos y mis viajes, ó para ocultar mis faltas ante la severidad siempre justa de mi padre!

*
* *

Todo estaba dispuesto: los muebles todos que había en la habitación ocupada por mí en la tonda, estaban cubiertos de cajas, estuches, paquetes de tejidos diversos propios para vestidos; cofrecillos con sorpresas para mis hermanas, un pequeño bazar, en fin, que yo me complacía en mirar, mientras gozaba pensando en las exclamaciones de alegría y reconocimiento que había de oír en la humilde casita de mi madre. Yo me complacía anticipadamente en las sinceras demostraciones de cariño y de satisfacción que había de recibir en su presencia.

Un día (séame permitido no consignar la fecha) entraba yo en el hotel de ***, con mi cabriolé atestado de cajitas y muebles propios para el uso femenino; estaba alegre y satisfecho ante la idea de que había de partir al siguiente día; al saltar del estribo y poner el pie sobre la primera grada del vestíbulo observé, que, junto á la habitación del portero, se hallaba mi buen amigo, el verdadero hermano de mi alma, el conde Aymón de Virieu: parecía que la Providencia había destinado á este hombre para que compartiera conmigo la vida.

Juntos habíamos cursado nuestros estudios; disfrutado de las mismas alegrías en las casas de campo de ambas familias; seguido las mismas rutas en nuestras excursiones, idénticas relaciones sociales, y últimamente pertenecíamos los dos al cuerpo diplomático.

Al día siguiente, debía él también salir de París con destino á Alemania, y por esta razón habíamos acordado comer juntos y pasar la velada en mi habitación con objeto de poder prolongar así

nuestra conversación y despedirnos con entera libertad.

Cuando al descender de mi carruaje me disponía á estrechar su mano, noté en su expresiva fisonomía una palidez y una consternación que me dejaron suspenso por unos instantes; sus ojos, siempre alegres y que parecían iluminados por dos chispas salidas de su espíritu un tanto sarcástico, aparecían por vez primera velados por una nube de tristeza.

Después que hubo contestado á mi alegre mirada con otra del mismo género, sus ojos procuraron no encontrarse con los míos, y entonces pude observar bien la tristeza, el recelo y el inexplicable temor de que estaba poseído. Parecía que aquella tristeza aumentaba al verme á mi tan tranquilo y satisfecho; mi calma, sobre todo, le mortificaba horriblemente, quería censurar mi felicidad sin haberme él dicho antes el motivo por el cual debiera estar yo triste.

De pronto, desapareció de mis ojos la alegría, y huyó la sonrisa de mis labios: «Entremos en tu cuarto, me dijo con voz entrecortada, necesito hablarte de cosas muy tristes, y darte noticias muy poco agradables. Procura tener valor para oirme, concentra todas tus fuerzas morales: subamos.»

Conducido maquinalmente por mi amigo, subí la escalera y llegué hasta mi cuarto: el golpe recibido en medio del corazón me había aturdido; ya en la habitación me senté sobre el borde de mi cama; mi pobre perro saltaba de alegría al verme; ignoraba el fiel animalito el por qué sus caricias, siempre

contestadas con cariño, eran entonces esquivadas con rudeza.

«Habla», le dije á mi amigo Virieu, ocultando el rostro entre ambas manos y preparándome á recibir el golpe fatal. «Habla, repetí, que este silencio es para mí el peor de los suplicios.»

Entonces, usando de todos los miramientos, vacilaciones y rodeos, tímidos unas veces, enérgicos otras, propios del hombre encargado de dar una noticia inesperada y triste que ha de herir el corazón, me dijo, recibéndome en sus brazos: «¡Ya no tienes madre!» Me pareció que el suelo se hundía bajo mis pies, que mi existencia vacilaba por encontrarse sin base; mi alma elevóse rápidamente al cielo como queriendo buscar la de aquella que fué vida de mi vida aquí en la tierra. ¡Jamás hubiera creído que pudiese vivir sin ella un solo día! La idea de la eterna separación, jamás se me había presentado sino allí lejos y aun dulcificada por la brevedad del tiempo que yo mismo debo permanecer en este mundo. Yo la había visto tan hermosa y llena de vida, que parecía alentar en lo mejor de su edad, y de súbito, me dicen que ha desaparecido de mi vista para siempre: y precisamente cuando me preparaba á recibirla en mis brazos, cuando iba á proporcionarle la dicha de tenerme á su lado, después de haber cumplido á su satisfacción mis deberes de hijo. ¡Ah!... ¡La separación era un hecho y un hecho terrible porque ni siquiera pude despedirme de ella! ¡Cuánto sufrí en aquellos días! Por la mañana alimentaban mi vida dos corazones, y por la tarde sólo me quedaba uno para llorar y gemir,

Mi desesperación llegó á ser mayor por encontrarme en París solo. La que hubiera podido tomar una parte casi igual en mi dolor mezclando sus lágrimas con las mías, no se encontraba conmigo. ¡Yo sólo en el vacío! Sin esposa, sin hijos y sin madre. La suerte me deparó á un fiel amigo que cubrió con su ternura aquel abismo de luto y de lamentos; acaso sin él me hubiese precipitado en aquella horrible negrura.

Durante toda la noche, permanecí anonadado, no pude conciliar el sueño y me acosté vestido. Aun recuerdo aquella noche cuyos minutos tengo todavía presentes uno á uno, como si el tiempo no hubiera transcurrido desde entonces, que pasé arrancando el sensible corazón de mi amigo, los detalles todos de aquella muerte, más sentida por haber ocurrido tan inesperadamente. Estos detalles los recuerdo perfectamente, pues quedaron grabados en mi imaginación de tal suerte que pudiera recitarlos con muy poca diferencia tal como salieron de los labios de mi amigo. M. Virieu, no se separó de mi lado hasta que amaneció: llegada esta hora se marchó á preparar lo necesario para mi partida á Mácon. ¡Triste de mí! Ya era demasiado tarde; ya no podría abrazar, antes de encerrarlos en el sepulcro, los restos queridos de aquella mujer que durante nueve meses me había llevado en sus entrañas, y en su corazón hasta el último instante de su vida.

He aquí lo que mi amigo me contó acerca de aquella muerte; esta relación está aumentada con las noticias que después adquirí, y que me facilitaron los parientes y los amigos que presenciaron

aquella horrorosa y á la par dulce agonía de mi madre.

Llena de impaciencia y de alegría, esperaba diariamente mi llegada. Mi elevación á la Academia mi nombramiento de ministro de Grecia, y las emociones que por otras causas sufriera, habían al parecer enardecido ligeramente su sangre.

Era el 27 de Noviembre; después de haber oído misa, se dirigió desde la iglesia á los baños que había en el hospital y que estaban servidos por hermanas de la caridad. Mientras le preparaban el baño, estuvo hablando con la superiora de asuntos religiosos: esta conversación la sostuvo con la jovialidad y la gracia propias de su juventud.

Cuando la bañera estuvo dispuesta, mi madre entró en la celda sin acompañamiento alguno, siguiendo la costumbre adquirida en el *capítulo*, costumbre que siempre había conservado; nunca empleó camarera para su servicio particular, sola se vestía, se desnudaba y apagaba la luz al acostarse, en memoria (según ella decía) de la humildad y de la pobreza de los primeros cristianos.

No hacía mucho que se hallaba en el baño, cuando la superiora, que atravesaba el corredor en el cual estaban los cuartos de baño, creyó oír gritos y gemidos ahogados cada vez más apagados. Inmediatamente la superiora entró en la celda que mi madre ocupaba, y vió que el agua caliente se derramaba por el suelo rebosando del baño; la espita abierta, lanzaba á borbotones sobre el cuerpo desnudo de mi madre, aquel hirviente líquido, parecido á un manantial de fuego, que abrasándole pecho y espaldas la había privado del conocimiento. La

propia superiora y una sirvienta, la separaron de la bañera.

Indudablemente ocurrió, que deseando refrescar el baño, debió abrir por equivocación el grifo del agua caliente, y que aquel ardiente chorro hirió de pronto su pecho y sus manos sin darle tiempo para cerrar la espita. Después de un buen rato volvió al conocimiento, y entonces abrazó á la superiora quien también se encontraba herida de la mano y del brazo; efecto de las quemaduras. Vuelta al conocimiento, acostáronla sobre uno de los colchones del hospicio; en esta posición, la trasladaron á su casa en brazos de cuatro mujeres pobres de aquellas incurables que ella había en otro tiempo auxiliado con alimentos, ropas y medicinas, y curado las llagas con sus propias manos.

Pronto el rumor de la desgracia ocurrida habíase extendido por la ciudad, y las gentes madrugadoras, ó sea las sirvientas y las mujeres devotas que salían del templo, la siguieron llorando y rezando en voz alta hasta la puerta de su casa.

Al ver la dolorosa impresión que esta desgracia produjo en los habitantes de la ciudad, hubiérase dicho que cada uno de ellos había perdido á su madre como yo á la mía.

A los médicos no les pareció mortal el accidente, pero cuando se levantaron las vendas de la primera cura, el mal apareció con toda la gravedad que revestía.

Después de la fiebre, el delirio; pero un delirio especial, una especie de sueño dulce y sonriente como su carácter mismo.

Había momentos en que parecía dejar su desva-

necimiento, para dar las gracias á las buenas mujeres que la servían y para alentar á nuestro pobre padre que permanecía á la cabecera del lecho, aterrado completamente por el terrible golpe que acababa de recibir.

En aquella angustiosa situación no cesaba de entregar las afecciones de su alma, á las personas á quien amaba y especialmente á Dios con el que quiso unirse por medio del Sacramento de la Eucaristía, tomando, según su creencia, anticipada posesión de la divinidad, ó al contrario, posesionándose la divinidad de su persona. Entonces, inflamado su hermoso rostro por el calor que da la convicción y beatificado por aquella unión mística, iluminaba la habitación más que los cirios que los pobres niños del hospicio sostenían en sus tiernas manecitas mientras permanecían arrodillados en torno del lecho.

Después de la ceremonia religiosa quedóse profundamente dormida, y esto hizo creer á los que la rodeaban que la mejoría se había iniciado; pero, ¡falsa creencia!... Su despertar fué el último, porque momentos después, exhaló el postrer suspiro, tranquila y sonriente.

La mujer que la asistió durante su agonía, me ha repetido después una por una todas aquellas palabras que pronunció continuamente: «Esposo mío... Hijos míos... Alfonso, Mariana, Cecilia, Eugenia, Sofía, Dios os bendiga. ¿Por qué no venís aquí para bendeciros yo también? ¡Alfonso! Pobre hijo mío... ¡Qué disgusto tendrás por no haber podido estar á mi lado en este trance supremo!... Dirás á todos

que no sufro... Que ya estoy en un lugar delicioso desde el cual veo el cielo desde donde bendicen á mis hijos...»

Después, sus labios sonreían dulcemente, balbuceaba algunas palabras y nuevamente quedaba rendida por la fatiga. Así pasó toda la noche: y al amanecer, en un momento de lucidez, dijo: «¡Qué dichosa soy, Dios mío! ¡Oh! Qué dichosa, qué dichosa... No me había engañado, no, ahora lo comprendo, cuanta felicidad...» Y al terminar esta frase, entregó su alma á Dios.

*
*
*

Tal fué su muerte; palabra por palabra. Todos los testigos viven aún para repetirlo, excepto nuestro padre y la pobre Filiberta, quien al perder á su señora perdió también las ganas de vivir, y no existió luego sino el tiempo indispensable para continuar con su señor, los servicios que había prestado á nuestra madre por cariño solamente. ¡Oh! este lazo de la domesticidad es un noble y santo cambio entre el criado que se une por amor á la familia que retribuye en cambio sus servicios con reconocimiento, ternura é igualdad ante el corazón! Este parentesco de condiciones, sobre la tierra, puede ser diverso por la fortuna, pero se nivela siempre, cuando existe, por el cariño.

Tres días habían transcurrido desde que yo perdí á mi madre, cuando llegué á Mácon para ver, al menos, su querido rostro bajo el sudario. Acompañábame un buen amigo, verdadero *Samaritano*, quien se encontraba siempre allí en todas mis ho-

ras de dolor: Amadeo de Perseval, que yo nombro, aunque ya se le alude en el manuscrito, por haberse consagrado piadosamente á nuestra madre, y que había pretendido contarse en el número de sus hijos. Sin embargo de no ser así, fué por bastante tiempo estimado como tal.

El ataúd reposaba ya bajo montes de nieve dentro la tierra helada del cementerio de la ciudad. Durante la ausencia de mi pobre padre, arrancado casi moribundo de su casa, en el momento de morir mi madre y ausentes además sus hijos, se olvidaron de que la difunta había manifestado varias veces, su preferencia por el cementerio de Saint-Point, á la sombra de la pequeña iglesia de la aldea, en aquel valle tranquilo y delicioso donde gustaba tanto su piedad de recogerse durante sus residencias veraniegas. No encontré para besar más que las crudas tablas de su vacío lecho de muerte, el suelo de su cuarto, el umbral de la puerta por la que su ataúd había pasado al salir entre los tristes ecos del llanto general de la población, para ir á descansar en el campo de la muerte. De súbito rebelóse mi corazón por la idea de un deseo no cumplido de aquella santa mujer después de su transfiguración, é igualmente contra la idea de no poder ver aquellos sagrados restos, más que al través de la multitud de muertos desconocidos ó indiferentes. Resolví, pues, ya que todavía era tiempo, reparar, en lo que dependiese de mí, aquella negligencia que me demandaba una secreta voz, exhumando aquellos restos para conducirlos al lugar de su predilección. Creía yo que la eterna distancia había de acortarse entre aquella alma y la mía, si

sus restos descansaban á la sombra de nuestra morada, en el vecino cementerio junto á la iglesia de Saint Point. Si he de decirlo todo, había también en aquella pretendida exhumación un pretexto para aprovechar la ocasión de mirar por última vez aquel rostro querido antes que se volviera polvo con el transcurso del tiempo.

En el ataúd no había signo distintivo de ninguna especie, que le diferenciase de los demás, así como tampoco había el sepulturero señalado el sitio donde se hallaba sepultada mi madre; debía ser abierta nuevamente la fosa, á fin de asegurar que nuestra piadosa intención no fuese burlada, y que no nos llevásemos unos restos desconocidos, en lugar de los de mi madre.

¡Olvidemos aquellos lúgubres detalles! Durante la noche, se realizó todo como era mi deseo. Separóse la nieve amontonada sobre el surco de la muerte, y encontramos á tientas, entre otros, el ataúd que buscábamos. Filiberta, que era quien había amortajado á su querida señora, la reconoció. Ella misma abrió el ataúd á la luz de unos cirios para que pudiera yo entrever aquel rostro dormido. Era mi madre en toda su belleza, menos la de los ojos, pero flotando su mirada al través de la eternidad; mis labios tocaron con cariño y horror aquella frente. ¡Aquel ataúd, al volverse á cerrar, guardaba ya mis lágrimas! Yo velé solo, y después con Filiberta, esperando la hora de la noche en la cual los aldeanos de Milly debían ir viniendo uno á uno y sin ruido, para llevar sobre sus hombros, al través de cuatro horas de marcha, el cuerpo de su señora. Al punto emprendimos á pie

nuestro camino, sobre una inmensa y gruesa sábana de nieve helada, al través del prolongado arrabal que va de la ciudad á las primeras colinas de nuestro horizonte de montañas. Aquel lúgubre cortejo estaba rigurosamente limitado á mí, ¡á mí únicamente entre todos los miembros de la familia!... á los quinteros y cultivadores de las tierras de Milly, y las mujeres y niños de aquellos buenos hombres, que bajo sus pobres vestidos de luto, habían creído, por derecho de ternura, poder seguir al jefe de la familia, prolongando sobre el camino la negra fila de plañideras cuyas lágrimas no era preciso comprar. Ni una voz, ni un cuchicheo salió, durante el largo trayecto, de aquella multitud. Nada se oía, sobre la endurecida nieve, más que el chocar de los zuecos de madera de las mujeres que llevaban á sus hijos de la mano, y, de cuando en cuando, el ruido sordo y cavernoso del ataúd de encina, recibiendo una ligera sacudida, al cambiar de sitio sobre los hombros de los portadores que se relevaban á porfía bajo la carga para nosotros sagrada.

A dos horas y media de camino de la ciudad, dejamos la carretera principal, para internarnos por una senda empedrada de témpanos, que sigue la empinada colina que conduce al pueblo de Milly. En todas las casas sus moradores estaban en vela y esperándonos; velase en el umbral de todas las chozas, algún viejo ó algún niño teniendo en la mano un velón de cobre, alumbrando temblorosos sus rostros pálidos y llenos de lágrimas, tiritando de frío en aquella helada noche de Diciembre.

Al llegar al patio de la casa, los portantes segui-